

Fernando Uriarte

El comercio en la obra de Galdós



L primer centenario del nacimiento de Galdós nos trae numerosas impresiones entre las que predomina una, insistentemente: la ingratitude petulante que hemos tenido con el genio literario español de la segunda mitad del siglo XIX. La generación del 98, verdadera sociedad liquidadora de valores, entre las pocas equivocaciones que ha tenido, cuenta con la de haber soslayado un poco a Galdós. A Pío Baroja no podía gustarle Galdós. Baroja es un intelectual y quiere mejorar el mundo a su manera; Galdós contaba con la realidad, con la vida de su tiempo, no como un fenómeno brillante o miserable, sino como un hecho substancial ni mejor ni peor.

Hemos leído últimamente una de las perlas del nutrido collar galdosiano, una novela maciza, imperecedera, espejo de su tiempo, testimonio insuperable de un Madrid perdido para siempre: «Fortunata y Jacinta». Esta lectura nos ha sugerido un paralelo europeo.

El genio particular de Galdós buscó en la clase media, el núcleo más importante de la sociedad española, su tema de novela; y de la clase media lo más nutrido, abigarrado y sorprendente en su sencillez y amena vulgaridad era el comercio: el comercio madrileño en progresión ascendente desde su obscura iniciación hasta la culminación suntuosa y gruesa que suele ir acompañada de una despreciable decadencia en el señorito hijo de rico o el profesional sin vocación. Galdós aborda con firmeza el tema sumergiéndose en el lenguaje y psicología de los personajes con morosidad certera y deleitosa hasta rematar el asunto exhaustivamente. Facundia, maestría, luengo y pausado estilo dominador abundan en su registro y llega a una sonoridad que no se sentía desde los clásicos.

En 1921 publica Thomas Mann su novela «Los Buddenbrook» que narra la decadencia de una familia de grandes comerciantes. Thomas Mann realizó esta novela de claros visos autobiográficos al igual que Galdós en «Fortunata y Jacinta» tomando como fondo del asunto al traficante acomodado.

«Los Buddenbrook» son comerciantes por tradición. Un abuelo había recorrido los caminos de Alemania revendiendo trigo, luego otro se estableció en el Hansa; después hubo varios hasta que aparece el trío más reciente de el abuelo, el padre y el hijo Thomas Buddenbrook, de quien se puede decir que traducía en su carácter y conducta la culminación de «un mundo sombrío pero honesto en sus aspiraciones». Maravilla el

pausado y sólido desenvolvimiento de esta familia burguesa que avanza hacia el cuello duro las excelentes y copiosas comidas y la barbilla dignamente levantada. Los últimos retoños sentimentales y refinados deben equilibrar un vago impulso desorientador y enfermizo con la recia disciplina de los antepasados. Aquí, al contrario que en el libro de Galdós, no flaquea jamás el sentido serio, tenaz y digno de la burguesía enriquecida; hay un hondo dramatismo hogareño, porque la conciencia del sentido familiar y de su bancarrota es la clave de la novela. Los Budenbrock terminan en sí mismos, reventando después de algún almuerzo en el campo o desapareciendo sin mayor causa que la profunda decadencia espiritual y fisiológica como el inolvidable Thomas Budenbrock, que muere de la extracción de una muela. Los Budenbrock viven en una gris y fría ciudad del Hansa. Los Santa Cruz, los Arnaiz, etc., son hombres del agora madrileña. Don Baldomero I y Don Baldomero II realizan, sucediéndose, un negocio de paños «al vareo», tradicional, meticuloso y seguro donde «la correspondencia se copiaba a pulso por un empleado que estuvo cuarenta años sentado en la misma silla delante del mismo atril, y que por efecto de la costumbre casi copiaba la carta matriz de su principal sin mirarla. Hasta que don Baldomero realizó el traspaso, no se supo en aquella casa lo que era un metro, ni se quitaron a la vara de Burgos sus fueros seculares».

España es raza-pueblo y la distancia que media entre Juanito Santa Cruz y Thomas Budenbrock, como la que separa al abuelo Budenbrock de Don Baldo-mero, es la misma que va de un matiz goethiano a un cervantino, de Fichte o Kant a Baltasar Gracián.

El gran novelista y el gran pensador son las arterias transparentes por donde corre a la vista de todos la savia espiritual y moral de los pueblos. Thomas Mann buscó la historia de su familia y dió con la mejor novela de la burguesía alemana. Galdós ofrece en «Fortunata y Jacinta» una visión insuperable, graciosa y emocionada del vivir madrileño de la segunda mitad del siglo XIX.

La conjunción de ambos estriba en la generosidad del empeño puesto a levantar un denso sector de sus respectivos países, medio ambiente opaco y sin contornos fáciles donde, sin embargo, se incuban a veces las mejores mentes y sensibilidades del arte. No titubeará Galdós al escribir con cierta protectora complacencia: «El sentimiento pintoresco de aquellos tenderos se revela en todo. Si hay una columna la revisten de corsés encarnados, negros y blancos y con los refajos hacen graciosas decoraciones».

En Balzac el personaje lo es todo, Papá Goriot es el producto de una clase trabajadora que quiere llegar. El aspecto en sí de la tienda, sus costumbres, el triunfo o el fracaso final dentro de su propia clase no es esencial en la novela del escritor francés. Papá Goriot es un parvenu que quisiera negar sus orígenes y la

salsa de su mundo. Galdós y Thomas Mann comprendieron que el mundo del comercio regular y metódico bastaba, sin camelos ni trascendencias, para plasmar e informar una novela maestra.

Se puede discutir la conjunción que apuntamos como meramente casual, pero esto es lo justamente interesante en dos creadores de genio. Ambos han considerado al comerciante como tema completo de novela y al realizarla pusieron de manifiesto la extraordinaria importancia de una fracción de la sociedad que acumulando poder con terquedad y vehemencia impulsa los estados y los regala, de cuando en cuando, con algunos geniales retoños, que han de madurar en las grandes literaturas.